

Los Conciertos en Madrid

Y LA

SOCIEDAD DE PROFESORES

El Público y la Crítica

Conferencia leída en el Ateneo Literario el día 26 de Enero de 1903

POR

TOMÁS BRETÓN



MADRID

IMPRESA DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, número 6.

1903

G-F-2073

2. 1: 1: 3/4 1/2

DG
A

Los Conciertos en Madrid

Y LA

SOCIEDAD DE PROFESORES

El Público y la Crítica

Conferencia leída en el Ateneo Literario el día 26 de Enero de 1903

POR

TOMÁS BRETÓN



MADRID

IMPRESA DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, número 6.

1903

4.52510
c. 1065807



R. 40766

Los Ganaderos en Madrid

SOCIEDAD DE PROFESORES

El Público y la Crítica

Publicada en el Ateneo Literario y de las Ciencias de Madrid

TOMÁS BRITTON



MADRID

En la imprenta de D. Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 10.



SEÑORES:

Para descargo de mi conciencia y á prevención de que mis palabras os causen fastidio y aburrimiento, debo principiar por decir: que no soy yo quien viene á esta elevada cátedra; son los amables señores que componen la Sección musical del Ateneo quienes me traen. Y no es chiste, ni despego al trabajo, no; es timidez sincera que infunde á mi espíritu ocupar sitio tan alto, ilustrado por sabios insignes, educados precisamente para hollar serenos estas eminencias, desde ellas alumbrar con la antorcha de sus talentos el camino infinito del progreso y guiar con sus pasos la marcha siempre ascendente de la humanidad.—Los artistas, por lo general, no sabemos más que algo de Arte, y si trocara el verbo *saber* por el de *sentir*, aún estaría más en lo cierto. Este achaque no es de ahora ni de España solo.—El viejo Hegel nos informa en su *Estética*, que cuando le llegó el turno á la Música, juzgando (con razón) muy débiles é incompletos sus conocimientos en este modo artístico, consultó á los mejores músicos que tenía á mano y observó que aún sabían menos que él en punto á darse razón del *por qué* de la Belleza.—Es natural, y... quizás quizás conveniente, como al fin

conviene mi ilustre compañero y amigo D. Emilio Nieto en su admirable Discurso «El deber artístico individual y social». Más vale producir la Belleza que explicarla. La estética es posterior á la creación artística, es su filosofía, y si el artista se nutriese ampliamente de ésta, pudiera fácilmente resultar que en lugar de elementos creadores de lo bello, adquiriese más bien recetas de aplicación, y las recetas es lo que en el Arte envejece más pronto.—Perdonad esta modesta intrusión en el campo filosófico, traída á cuento para disculpar la escasez de mis medios y para que observéis cuán de antiguo viene el que los músicos, salvo excepciones, no aprendan más que música. Así excusaréis mejor que en este terreno, en el que la Historia, la Filosofía y Literatura son tan necesarios auxiliares, no brille mi oración todo lo que vosotros y yo quisiéramos, pues lo poco que de ellas posea y se me alcance, fué espigado al azar y por sorpresa.

*
*
*

Lo primero que me preocupó al contraer este compromiso y aceptar el honroso encargo de inaugurar las conferencias musicales, que tan acertadamente ha dispuesto la Sección para este año—aparte de lo que á mi respecta—fué el asunto sobre que debía versar mi modesta labor.—Son tantos y tan diversos los puntos á tratar relativos al Arte de la Música en nuestro país, que es difícil decidirse y determinar cuál sea más oportuno

y más útil.—Ya traté en otra ocasión de la Ópera nacional; pero no se enteraron más que las personas que fueron á mi recepción en la Academia de San Fernando. La Prensa de Madrid no dedicó al asunto más de veinte líneas por periódico; la de provincias sí le concedió alguna más importancia; pero ¿quién lee estos periódicos fuera de la localidad?... Luego hice un trabajo titulado «La Música en España» para la *Nouvelle Revue Internationale* de París, en cuyo periódico apareció en francés, tan mal traducido que, entre otros excesos, del maestro D. Joaquín Gaztambide dice lo contrario de lo que yo escribí. Por eso la Casa Almagro y C.^a me hizo el señalado favor de imprimirlo en español y repartirlo á los amigos y á la prensa. El *Diario de Barcelona* lo transcribió casi íntegro; en Madrid no tengo noticia de que ningún periódico se ocupara de él.—Menciono esto para hacer notar la falta que tenemos, bien de periódicos profesionales con vida asegurada, ó bien de una sección periódica y extensa en los grandes diarios de Madrid, para que el aficionado y el curioso se hallen al tanto de lo poco ó mucho, bueno ó malo que se escriba sobre música, independientemente de las revistas de teatros.

Volver á hablar de la Opera nacional sería repetir lo que dije hace años, no habiendo cambiado en nada mi criterio durante el tiempo transcurrido; además, estamos muy inmediatos todavía al último intento en su favor, pensado, á no dudar, y ejecutado con mejor buen deseo que cordura.—En *La Música en España* traté de nuestros primeros maestros y de generalidades.—De la

música religiosa y su estado aquí, habrá muchos que puedan disertar con mayores datos y conocimiento que yo.—Del *género chico*... da grima hablar; y no es que yo reniegue de él, no. El sainete es fruto indígena y sabroso; pero si cansan las perdices á todo pasto servidas, ¿cómo no ha de hastiar el sainete lírico, cultivado nada menos que en cinco teatros de la Corte, y en provincias por docenas! Sobre que ya no es sainete lo que se escribe, sino obra grande comprimida, en la que entra, por tanto como los autores y á veces más, el escenógrafo.—Biografías de los grandes maestros y su influencia en el Arte, es materia tratada muchas veces en el libro y en la cátedra por maestros y escritores muy calificados.—De enseñanza tampoco debo hablar. Elevado á la Dirección y Comisaría del Conservatorio, más por bondades ajenas que por méritos propios, parecería hoy juez y parte...—A los Conciertos me acojo, y trataré pues de Conciertos, manifestación muy principal del Arte de la Música, de ya casi antiguo abolengo en Madrid, por los cuales ha demostrado nuestro público singular afición, y, paralela y respetuosamente del público y la crítica.

* * *

No admite la menor duda que el público de Madrid es entusiasta de los Conciertos; lo ha demostrado cumplidamente en multitud de ocasiones; pero fuerza es convenir también en que hoy atraviesa el espectáculo,

en lo que para nosotros tiene de nacional, una crisis grave, y que si no se emprende un nuevo rumbo, por la Sociedad de Profesores, que los verifica y explota, ayudada muy directa é interesadamente por la afición, corren aquellos peligro de desaparecer junto con la ilustre Corporación que los creó, al igual de lo sucedido con la de Cuartetos, fundada por Guelbenzu y Monasterio, quedándonos reducidos en este ramo tan importante á las sesiones que nos ofrezca la nueva Sociedad Filarmónica, á la que volveré á aludir más tarde, las cuales, en su inmensa mayoría, han de ser mantenidas por artistas extranjeros y ante un auditorio, escogido sí, pero muy limitado, comparado á la gran masa del público madrileño.—Llamo la atención de los que me escuchan y de aquellos á quienes interese, porque el camino que lleva el Arte entre nosotros puede conducirnos á tan desastroso fin. Urge, pues, estudiar el caso y aplicar el remedio, por gratitud, por humanidad, por pudor... y en bien de la cultura patria.—No es mi pretensión ahora la de acertar en la curación de esta aguda enfermedad; sólo aspiro á extender su conocimiento, para que todos coadyuven, en la medida de sus fuerzas, á la nacional y artística obra.

Para ir sobre seguro, estimo yo que es conveniente investigar las causas que han traído el espectáculo al estado angustioso en que hoy se halla, siquiera para no volver á incurrir en ellas; que las enseñanzas del pasado, si se aprovechan bien, son lecciones utilísimas para el presente y el porvenir.

La organización de la Sociedad de Conciertos de

Madrid es lo más curiosa y singular que puede verse. Cree ser democrática y á diario impera en ella el privilegio, por los especiales elementos que la constituyen. —Un director puede negar el permiso para que no falten á sus prácticas á cuarenta, cincuenta ó sesenta de sus individuos; pero no á los que pertenecen al Conservatorio, á la Capilla Real ó al Cuerpo de Alabarderos. Estos, llegada la hora de su obligación en uno de los centros citados, no tienen más que alzarse, saludar al director y marcharse, continuando los demás su trabajo, si el maestro así lo dispone.—Debiendo estar separada la parte artística de la financiera, no es así; sino que la misma Junta Directiva, nombrada de entre los Profesores, entiende en ambas especialidades, y es tan leve el vínculo que une á la Sociedad sus miembros, que al igual de aquellos hidalgos que eran árbitros de extrañarse del reino y señoríos, en plazos fijados por las leyes, lo mismo el profesor de la Sociedad puede abandonarla cuando se le antoje, llevándose la parte de fondo que ingresó en su calidad de socio.

¿Cómo perdura una Sociedad atada con lazos tan débiles y fáciles de romper? ¿Es por la ganancia, la afición, el entusiasmo... ó por un milagro de equilibrio? No, el milagro viene más tarde; les une el instinto de conservación, porque unidos se defienden algo mejor que separados podrían hacerlo; porque si estuvieran sueltos y desperdigados, los empresarios, por ejemplo, del Teatro Real—su único punto de apoyo—que no vacilan en abonar á un tenor de buenas facultades, aunque sea un mediano artista, miles de pesetas mensuales, preci-

sando en su Orquesta de artistas verdaderos, de notabilidades si se me apura, principalmente para los primeros puestos, discutirían y mermarían á éstos hasta el último extremo el sueldo que suelen percibir.—Para que el público se haga cargo: un primera parte en la Orquesta del Teatro Real ha venido ganando de 10 á 12,50 pesetas diarias; la temporada duraba cinco meses. En los siete meses restantes, el músico estaba dispuesto, dispuestísimo á seguir trabajando, pero ¿en dónde? ¿En dónde se cobija una masa de setenta á ochenta profesores? (Descuento unos veinte que disfrutaban otros sueldos fuera del Teatro.) Aquí es donde se opera el milagro de que hablaba antes, ó sea: la vida de setenta ó más artistas con sus familias, que sólo por espacio de cinco meses ganaban antes de 4 á 12 pesetas, mas la insignificante cantidad que los Conciertos les proporcionan, menor cada vez por los cuantiosos gastos que á la Sociedad acarrea la dirección de los maestros extranjeros, que desde hace buen número de años constituye la principal atracción de sus sesiones. Cantidad insignificante he dicho... alguna vez cuadrará mejor decir negativa; que antes prefiere la Sociedad perder trabajo y aun dinero, á regatear *a posteriori* las condiciones de sus contratos, aunque resulten lesivos para ella. En cuanto á los sueldos del Teatro (Real), no es que yo los considere mezquinos, no; lo mezquino es la temporada, que las circunstancias han obligado á disminuir, comparada á la de otras capitales. En Viena, por ejemplo, dura once meses; en París no se cierra el Teatro de la Academia Lírico-Nacional; aquí, la falta de afición

ó la desmedida concurrencia de tantos teatros como funcionan, la ha reducido á tres meses. (!)

Parécerán sobrado pedestres estos detalles, puesto que habéis venido á oír una conferencia musical; más servíos tener en cuenta que el Arte necesita de intérpretes, como la Religión de culto, y que estos intérpretes no son objetos ni maniqués, sino personas y artistas; y es bueno y práctico sepa el público, que aquellos profesores que tantas veces le transportaron á las encantadas y luminosas regiones del ideal por su destreza y habilidad en la ejecución de las estupendas concepciones de los grandes maestros, llenando y adornando el cuadro con más ó menos elegante y forzosa indumentaria, lo pasan muy mal, viven constantemente de milagro—del que no es prudente abusar—y que tal vez el mismo sublime entusiasmo, el purísimo deleite que el divino Arte produce con la magia de sus acentos maravillosos, es parte á contener en algunos de los modestos artistas que lo exteriorizan durante el brillante espectáculo, lágrimas y despechos, cuyo proceso enterneciera al que lo investigase con un poco de buen corazón. Si, en esta época analítica por excelencia, hay que decirlo y saberlo todo; sólo así pueden cimentarse instituciones estables y sólidas, como las reclaman, de un lado el progreso, de otro, la importancia positiva, necesaria, indispensable de nuestra capital.

Dejando ya las dificultades con que el músico de la Sociedad de Conciertos de Madrid lucha para satisfacer las necesidades materiales de la vida, me ocuparé á grandes rasgos de la interesante historia de la Sociedad,

por si de esta mirada retrospectiva puede surgir y vislumbrarse mejor plan de conducta para el porvenir y horizonte más tranquilo y risueño.

Comenzó el año 1866 siendo *vocal é instrumental*, con éxito tan inaudito, fijaos bien: que ocasión hubo en los primeros tiempos, de ofrecer desventurada Duquesa al célebre revendedor Isidro Alvarez (a) *el Pájaro*, mil pesetas de prima porque le lograrse un Palco de abono. —Visto por los profesores que la componían, éxito tan extraordinario, se desvanecieron al punto y se prepararon á continuar ellos solos el espectáculo y su explotación; explotación que no se limitaba á la serie primaveral en el Circo del Príncipe Alfonso, sino que se extendía á la de verano en los Jardines del Buen Retiro, en donde se verificaban dos conciertos por semana; costaba la entrada dos pesetas, y sesión había —como las de alrededor de San Pedro— en las que excedía de 12.000 pesetas el ingreso. ¡Qué tiempos, dirán los jóvenes de hoy! Pues aún puede añadirse que entonces la temporada del Teatro Real, que hoy principia á fines de Noviembre, comenzaba en la primera quincena de Septiembre. ¡Una verdadera Jauja para el músico!

La gloria y el dinero, como antes digo, desvanecieron á aquellos profesores, y lo primero que hicieron fué licenciar el elemento *vocal*, que había brillado tanto por lo menos como el *instrumental*, quedando la Socie-

dad constituida con este solo. Después, molestos por la preponderancia que el público concedía á su primer director, el maestro Barbieri, tal, que se decía y aun anunciaba más bien: «Conciertos Barbieri» que «Conciertos de la Sociedad», alteraron la relación financiera, rebajando en una mitad lo que al director había hasta allí correspondido, por cuya causa dimitió Barbieri su cargo. ¡Qué ajena estaba la Sociedad de que, andando el tiempo, lo que entonces le parecía excesivo, no serviría ni para empezar los tratos con un director de los que ha contratado después! También ignoraba la transcendencia capital de la dirección. No sabía que un buen general con ejército mediano, vence á un ejército agueruido si lo manda un general torpe, como arrogantemente lo expresa Calderón de la Barca en el Auto «¿Quién hallará mujer fuerte?» Dice al personaje Haber el general Sí Sara en la Escena XIX:

.....
«Que no vale en armados escuadrones
tanto, Haber, al medir de los aceros,
un cordero, caudillo de leones,
cuanto un león, caudillo de corderos.»

Perdonad la digresión.

A Barbieri le sucedió Monasterio, continuando la boga y el entusiasmo anteriores, principalmente mantenidos por las filigranas que acertaba á labrar con los instrumentos de arco en los Andantes de Cuarteto, y la aparición de nuevos compositores españoles, como los maestros Carreras y Marqués, acogidos por el público con aplauso inmenso. El éxito de Marqués, sobre todo,

en aquel tiempo, excede á toda ponderación. Baste decir que por muchos músicos, mucho público y toda la prensa local de entonces, se le equiparaba á los más insignes clásicos alemanes.

A Monasterio sucedió el maestro Vázquez, y ya en su tiempo comenzó á dar el público señales de cansancio.—En el haber de este ilustre maestro, entre otros méritos, hay que anotar: la venida á la Sociedad por vez primera del gran Sarasate, y el estreno de *Struensée* y la *IX Sinfonía*.

Simultáneamente, y fundada en una Orquesta que formó el popular y malogrado empresario Felipe Ducazal para los Jardines del Buen Retiro, bajo la dirección del compositor francés de Bailes, Olivier Metra—de la que yo era concertino—se organizó otra Sociedad de Conciertos, que se tituló Unión Artístico-Musical, y tuvo á bien elegirme por su director. ¡Ah, señores, bien merecía capítulo aparte y hasta un libro, la gestación y primeros pasos de aquella Sociedad, por la que se realizaron sacrificios que parecen increíbles en españoles, tratándose de Arte—fuera del de la tauromaquia—á cuyo libro ó capítulo no habían de faltar, al lado de victorias muy bien ganadas y merecidas, lances de tanta gracia y donosos como los que dieron crédito á nuestra literatura picaresca...; mas esto alargaría extremadamente mi trabajo y me apartaría del principal objeto. Lo que importa mucho hacer constar es, que la falta de entusiasmo por el espectáculo que se notaba en el público, no era culpa de éste, sino de la antigua Sociedad. Bien á las claras se reveló al aparecer la nueva y verse acogida



por el público con tanto calor como aquélla en los primitivos tiempos.

El público sabía ya más, y estaba enterado, por ejemplo, de que la antigua Sociedad había rechazado ó desdenado ejecutar ciertas obras, que la nueva se apresuró á dar á conocer, tales como la *Danza Macabra*, la *Fantasia Morisca*, *Cleopatra*... que obtuvieron ruidosos éxitos, y él mismo, el público, llamaba á la primera Sociedad con tono chungón, *la de los sabios*, de lo cual éstos se vengaban en los de la otra, llamándolos *macabros*, y más tarde, al ver los estragos que causaba en su viña, abarcando en el dictado á la entera Sociedad, apodáronla: ¡¡*La Filoæera!!!*

— ¡Donde no hay harina, todo es mohina...! Es el caso, que hasta de sus lares salió la gran Sociedad, dando un año su serie en el Teatro de la Zarzuela, con mediano éxito; la otra dejó apagar también el entusiasmo de los primeros momentos, y al regresar yo del extranjero, terminada la pensión que por tres años disfruté, tuve el honor de ser solicitado por la primera para dirigirla, al par que para presidirla mi inolvidable amigo el ilustre Conde de Morphy.— Volvió á su casa paterna la Corporación y poco á poco, ayudado por todos y con la frecuente cooperación de Sarasate y otros artistas, tornaron á brillar mejores días para la Sociedad de Conciertos. Véase la prueba:

Allá por los comienzos del espectáculo, como los últimos Conciertos coincidían con las primeras corridas de toros, muchos abonados á palcos y butacas, muchos, casi todos, abandonaban el Concierto después de la se-

gunda parte para dirigirse á la Plaza, y las localidades baratas también se resentían de la simultaneidad. Ello era muy censurado, pero se hacía. Pues bien: en mi tiempo se logró más de una vez poner la anhelada tablilla *no hay billetes*, el día de la inauguración de las corridas, sin que tampoco se notaran los claros de antaño en palcos y butacas. También conseguí variar la época de los Conciertos anticipándola, como se practica en otras capitales europeas. Asimismo, tuve la suerte de que en mi tiempo algunos entusiastas granadinos, por iniciativa de mi querido amigo D. Francisco de Paula Valladar, artista de gran talento y arqueólogo eminente, lograran que su Municipio ajustase á la Sociedad para dar Conciertos nocturnos en el maravilloso recinto de la Alhambra, durante las fiestas del Corpus, con resultado tan excelente, que ya son ocho las veces que la Sociedad ha efectuado ese viaje. Y á fe, que el que no ha presenciado estas fiestas en el soberbio patio del Palacio de Carlos V y visto iluminados los bosques que á él conducen, no ha gozado de uno de los más bellos espectáculos que el hombre puede imaginar.

Me sucedió en la dirección de los Conciertos el maestro Mancinelli (Luigi), inaugurando brillantemente la serie de maestros extranjeros, ya verdadera legión, que han empuñado la batuta de la Sociedad, sin notable progreso para el Arte y con evidente quebranto de tan importante factor nacional. La situación creada para éste —la Sociedad de Conciertos de Madrid— es crítica por demás, como digo al principio. Los maestros extranjeros no están en sus casas esperando á ser llamados para

dirigir aquí tantas ó cuantas sesiones; cada uno tiene su puesto, que ha de abandonar al venir á Madrid, lo que da extraordinario valor á su papel. La depreciación constante de nuestra moneda aumenta en más de un tercio el sacrificio... así ocurre á veces, que el músico trabaja más que puede en buena ley y no obtiene otra recompensa que la satisfacción de haber proporcionado ocasión al público de conocer nuevos directores, no nueva música, pues ya habrán ustedes observado que todos andan alrededor... no del mundo, sino de las mismas contadísimas obras de Beethoven, Weber, Listz y Wagner, algunas de las cuales se permiten alterar, sin duda para hacernos creer que son capaces de medirse con los famosos maestros citados...

Trazada así á vuela pluma la historia de la Sociedad, ceso de hablar ahora en ella... ya la volveremos á encontrar cuando me ocupe de la Orquesta, y paso á tratar del público.

* * *

Yo tengo al público madrileño por uno de los más vivos y finos que existen; más diré: si no hubiera corridas de toros, creo que sería el mejor público del mundo, considerado en todos los aspectos. Dando aún más extensión al concepto, lo que pienso yo del público, proclámanlo grandes pensadores acerca del pueblo español todo; más todavía: de la primera materia indígena en

todas sus manifestaciones. De lo que la vida nacional se resiente es del cultivo, de la dirección, de los guías...

Cuando la Sociedad de Conciertos se fundó, el público deliraba por la Opera italiana. *Roberto* y *Hugonotes* habían entrado con grandes reservas, sobre todo de parte de algunos maestros españoles. Los Conciertos que alguna vez se habían dado en el Conservatorio ó en el Teatro, tenían por base la música italiana, adornada en lo instrumental con prodigiosos arpegios y arabescos pueriles de *fantasía*. Si se habían ejecutado ya el *Septimino* de Beethoven en el Conservatorio, la overtura de *Tannhäuser* en los Campos Eliseos y pocas más obras clásicas; pero de la impresión de ellas, puede juzgarse por la fortuna que hizo la frase: «Dura más que un par de botas», aplicada al Andante de la *Sinfonía Pastoral*.—En cambio la *Plegaria* de Moisés, el *Stabat* de Rossini y la *virtuosidad* á lo Cavallini ó á lo Thalberg, asombraba á las multitudes, y aún no hacía mucho tiempo que las buenas intérpretes de *Norma* y de *Lucia* ocasionaban desmayos á las señoras.

En este ambiente nacieron y arraigaron desde luego los Conciertos, contribuyendo poderosamente á ello, en mi opinión, la parte vocal, que sola obtuvo éxitos colosales con los Coros *El Tyrol*, el *Aria di Chiesa* y otros, mas los alcanzados con *Le Pardon de Ploërmel* y el *Alleluia* de Händel principalmente, unida á la parte instrumental.

Como el repertorio de ésta — fuera de las overturas de Opera, llamadas pomposamente sinfonías por largo tiempo, siguiendo la costumbre italiana — estaba virgen,

sin grande esfuerzo se mantenía el interés de un público, que atronaba el local con sus aplausos al final de la *Sinfonía de Semiramis* (!) y oía con agrado las Fantasías de Flauta, Oboe, Clarinete y Fagot, ejecutadas con acompañamiento de Orquesta por los Sres. Sarmiento, Ortiz, Fischer y Melliers (los cuales percibían un *plus* de quinientos reales) y de Trompa y Contrabajo en alguna ocasión por los Sres. Paquis y Bottesini. Pero el público, malgrado estas costumbres y la levadura italiana que le había formado, por fineza de percepción ó por atavismo, que alguna sangre goda circulará aún por nuestras venas, es lo cierto que oía, si no con el detallado conocimiento de hoy, con atención religiosa, las overturas y sinfonías alemanas, y se las iba poco á poco asimilando, hasta el extremo de llegar á hacer repetir á la Orquesta, muchos años después, no sólo los Andantes y Allegrettos de algunas de ellas, que son por el lugar que ocupan en la obra y su especial contextura, los distinguidos por algunos públicos con ese honor, sino que yo tuve forzosamente que ejecutar dos veces en una sesión el primer tiempo de la *Sinfonía V* de Beethoven, caso quizás único en la historia de la portentosa obra.—Mozart y Haydn deleitaban con los Andantes; las sinfonías completas de estos colosos nunca entusiasmaron; las de Mendelssohn escuchábanse con gusto, y las de Marqués alborotaban.

En París fué preciso, para acostumar al público á la sinfonía alemana, elegir los tiempos más salientes y comprensibles de todas ellas, que sin otro orden le servía el director Habeneck, hasta que le consideró ya

preparado para apreciar debidamente la obra entera.— Entre nosotros, no diré yo que se entendiera desde el primer momento, pero lo cierto es que no hubo necesidad de tales precauciones.

La música italiana declinaba, al paso que la francesa, graciosa y picante, se mantenía y crecía con las overturas de Thomas y los intermedios, poemas y *Suites* de Gounod, Saint-Saëns y Massenet. Con las overturas italianas, de las que apenas se salvaron *La Gazza Ladra* y *Guglielmo Tell*, cayeron todas las de Auber, excepto *La Part du Diable*. A este punto, el compositor que más entusiasmó á nuestro público fué Listz, con la *Rapsodia en do menor*, á la que han seguido otras, siempre acogidas con aplauso.—Wagner produjo estupor con *Tannhäuser* y apasionó los espíritus desde el primer día, figurando en el bando contrario, con raras excepciones, los maestros y músicos viejos. Era moda entonces mofarse del gran revolucionario, no sólo en España sino en toda la Europa latina; entre nosotros se contaban en aquella época los wagneristas por los dedos. La overtura de *El Barco Fantasma* cayó con estrépito; la *Marcha fúnebre*, de *Sigfredo* (en la última parte de *El Anillo de los Nibelungos*) logramos que se repitiera, tras de librar una verdadera batalla; pero los más de los que aplaudían hacíanlo por tema, no porque hubieran comprendido la obra, que en muchos años después de aquella serie no se volvió á ejecutar. *Tannhäuser*, en cambio, no se abandonaba, y cada vez ganaba más sufragios.—En el Teatro, *Rienzi* había pasado y pesado, recordándose sólo, á más de por la overtura, por la admi-

rable interpretación de Tamberlik. Por cierto, y para dar una muestra del estado de opinión, en los de la Orquesta mismo, recuerdo que una noche en que se cantaba en el Teatro Real *Romeo y Julieta* por la Fossa y Stagnó, fui á oirla, y sabiendo que á la sazón se ensayaba *Rienzi*, pregunté á un Contrabajista ¿qué impresión causaba la nueva ópera á los profesores? y me contestó: «estamos locos, no le diré á usted más sino que yo, muchas veces, en vez de dar un *si bemol*, doy un *la* ó un *mi*... y no hay quien lo note, porque en esta música, es igual dar una ú otra nota.»—*Lohengrin* causó más grande impresión, y á partir de aquí, creció sin parar la afición á la música de Wagner, no en la totalidad del público, sí en la parte más activa é ilustrada. Esta se ha impuesto en los Conciertos instrumentales, y se ha impuesto con evidente exajeración. ¡Ah, la exajeración! ¡Esta es la propiedad de nuestra raza y su mayor enemigo!

Antes de que el infórtunado Peral hubiera resuelto los múltiples problemas de su invento, la parte más activa de la opinión española, había ya en su imaginación destruído las formidables escuadras de las grandes potencias, conquistado Gibraltar y erigídose en dictadora, por virtud del submarino... ¡Es una cualidad funesta!

Volviendo á la música y al estado de la opinión con relación á los Conciertos de la Sociedad, la formación de los programas de los últimos años, préstase á reflexiones tan interesantes como elocuentes. Están estos materialmente monopolizados por Wagner. De Beethoven se ejecutan con más ó menos aplauso hasta cuatro sin-

fonías y *Leonora*; las dos overturas más hermosas de Weber; y la *Invitación al Vals* con la admirable instrumentación de Weingartner; tres ó cuatro piezas de Listz; alguna vez, por curiosidad, una Sinfonía de Haydn ó de Mozart, y como una docena más de obras entre Grieg, Sain-Saëns, Raff, Tschäikowsky, y otros autores novísimos que no logran causar sensación duradera. Esto, á más de los *virtuosos*, es lo que ha mantenido por años, los programas de la Sociedad en más de cien conciertos.

Lógico es, ¿quién lo duda? que Wagner, el último gran compositor alemán, ocupe lugar preferente en los programas instrumentales; pero yo juzgo vicioso é inconveniente prodigarlo, como se viene haciendo, y relegar al olvido las obras de otros grandes maestros.— Los Conciertos deben ser, á mi modo de ver, algo así como Museo ó Exposición, en donde se ejecuten todas las obras que iluminó el Genio; porque la luz de éste nunca se extingue para quienes la saben distinguir y apreciar.— Ya he dicho más arriba, y no á título de novedad, que las fórmulas es lo que más pronto envejece en el Arte, y las composiciones de Bach, Händel, Haydn, Mozart, Cherubini, del mismo Beethoven en su primera época y otros, están llenas de fórmulas; pero ¿y qué? Estas las descuenta el buen gusto y la crítica ilustrada. A cambio de esta forzosa y humana concesión, que en su día habrá que hacer también á Wagner, ¿quién dejará de sentir y de admirar la belleza imponderable, la exquisita sencillez, muchas veces la grandeza de sus melodías y el arte sereno, tranquilo y primoroso de su

factura? Pablo Veronés vistió de *trusa* á los personajes en casa de Leví!... pues no deja por eso de ser uno de sus más hermosos lienzos; joya inapreciable de la Academia de Venecia.—Mientras haya gustos delicados, la Sinfonía en *sol menor* de Mozart será un prodigio. El Arte, desde que pudo llamarse tal, no tiene edad ni patria.

*
*
*

La Orquesta de la Sociedad de Conciertos de Madrid era considerada por nuestro público, hace algunos años, como un modelo; sentíase orgulloso de ella; yo he oído decir á los aficionados, repetidas veces, que era la primera del mundo. Algunos, dándose por más enterados, hacían sus reservas é incluían en el *Indice* los instrumentistas de metal, de los que hablaban con piadosa protección.—A raíz de los Conciertos dados en Madrid por la Filarmónica de Berlín, no faltó quien rebajó á la humilde categoría de Murga, aquella Orquesta antes tan ponderada. ¡Somos así!

De una desapasionada disección, resultará que nuestra Orquesta, en su totalidad, no es la primera del mundo—yo creo que en esto y otras cosas no hay primero absoluto—pero que puede calificarse de muy buena.

La falanje de primeros Violines, es notable; la de segundos, que por muchos años fué débil, ha me-

orado hasta casi igualarse á la primera; la de Violas, es buena; las de Violoncellos y Contrabajos también son buenas, pero les falta vigor; la cuerda de Flautas, no la habrá mejor en ninguna parte y en muy pocas tan buena; la de Oboes, sería excelente si los tañedores de dicho instrumento en la citada Orquesta precisamente, no se hubieran obstinado, desde su constitución, en modificar dulcificando y achicándolo su natural sonido, que debe siempre recordar el de la Gaita y la Dulzaina, de quienes procede; la de Clarinetes, es y siempre ha sido muy notable; la de Fagotes, deficiente; la de Trompas, buena; mejor de lo que generalmente se cree. No se aprecia bien por todos lo que hemos progresado en este instrumento, desde que corre á cargo del Sr. Font su enseñanza en el Conservatorio. Muchos están en el error de que los trompistas de otros países no pifian las notas agudas; sí que las pifian, pero hay la notable diferencia de que los públicos en Austria, Inglaterra y Alemania, por ejemplo, haciéndose sin duda cargo de la especial dificultad del instrumento, disimulan esas faltas como si no las advirtieran, dando esta benevolencia al instrumentista una gran tranquilidad. Recuerdo el estreno aquí de *Sigfredo*; en esta obra hay un pasaje de Trompa difícilísimo... pues el encargado de su ejecución, lo realizó tan bien como el más hábil tañedor pudiera hacerlo.

—La cuerda de Trombas es buena, así como la de Trombones; sólo que ésta adolece del sistema de instrumentos aquí en uso. Nunca podrá sustituir el Trombón de *pistones* ó *cilindros* al llamado de *varas*; la física se opone. En éste, las notas todas son naturales, el aire

emitido no encuentra obstáculo ninguno en su expansión; por eso el sonido es más amplio y más noble. De hoy en adelante se ha impuesto su enseñanza en el Conservatorio.—Completan la Orquesta la excelente cuerda de Arpas y la de instrumentos de percusión, que puede también calificarse de buena. Si á este examen minucioso se añade la rapidez de comprensión y la viveza que distingue á nuestra raza en música como en todo, sin convención ni compasiones depresivas, habrá necesariamente que concluir: que la Orquesta de la Sociedad de Conciertos de Madrid, hace honor al arte instrumental, y que todos los que al Arte amamos y de él vivimos, tenemos el deber moral y material de ayudarla para que se engrandezca y cumpla su civilizadora misión.— Es tan necesaria la cooperación del público, pero la cooperación directa é inteligente, que sin ella nada bueno podrá conseguirse.—Yo he unido mi aplauso entusiasta al de nuestro público cuando la Orquesta berlinesa, y poco há la de Mr. Colonne, han dado aquí sus Conciertos; mas no por eso desconocí el mérito de nuestros profesores. Si ponéis á los alemanes y franceses en las condiciones de los madrileños, bien seguro estoy de que en la comparación antes ganaran éstos que perdieran. Aquéllos tienen por principal, si no exclusiva ocupación, el ensayar y dar conciertos; los nuestros, además de eso, van á las iglesias, al Conservatorio, á la parada y academia, al ensayo del Teatro y á la función, á veces á los bailes, algunos copian música y los que pueden dan lecciones particulares. ¿Véis, qué ajeteo...? Pues de todo necesitan para realizar el milagro de que hablé más arriba.

También es preciso, en mi opinión, para que el favor del público aumente y persista, que la Sociedad á su vez emprenda nuevos caminos.—El gran repertorio instrumental está casi agotado; ninguna persona medianamente enterada, puede desconocer esto. Y está agotado aquí más que en otros puntos, porque en realidad es el que constante y principalmente se ha explotado en los Conciertos. En otros países, no ha ofrecido sin duda, las dificultades que en Madrid la inteligencia y combinación del elemento vocal con el instrumental, lo que permite una variedad en los programas casi infinita. No creáis exajerado el adjetivo: puede asegurarse que no hay tiempo en una generación para conocer, dada la costumbre de los Conciertos semanales, todo lo bueno que se ha escrito en música, combinados el elemento vocal é instrumental, comprendiendo por supuesto al rey de los instrumentos, es decir: el Organo y su riquísima literatura, de la que apenas tenemos idea en España. ¿Qué sabemos aquí de las Misas y Oratorios de Bach, Händel, Haydn, Cherubini, Beethoven, Schubert, Mendelssohn, Berlioz, Franck, Dvorák y otros, ni del repertorio exclusivamente Coral profano y religioso, en el que sabido es que lucieron grandes músicos españoles, á partir de la gran época musical romana?—Yo declaro que me entristece en gran manera el conocer los catálogos de tanta música, entre la que hay verdaderas maravillas, y tener que renunciar al dulce y suave placer de escucharlas en Madrid, que es lo mismo que decir, nunca, jamás... porque no hemos sabido crear aquí ambiente apropiado á su naturaleza y culti-



vo. Como á mí me acontece, debo suponer acontezca á todos los que sientan entusiasmo por el Arte, y ved por donde, estudiando un poco el asunto, podría, de un lado satisfacer el curioso, el anhelo de conocer lo mucho bueno que aún no ha tenido ocasión de oír en España, y la Sociedad de Conciertos por otro, explotar la rica mina que le brinda ese repertorio y mirar serena el porvenir, ya que en muchos años, muchos—trabajando por supuesto—no había de faltarle novedad que ofrecer al público, al par que resolvía la grave crisis porque en la actualidad atraviesa.

Si los españoles tuviéramos el mismo temperamento y las mismas costumbres que las gentes del Norte, el problema era sencillísimo y nos lo había resuelto la formación de la nueva y ya brillante Sociedad Filarmónica. De los mismos socios de ésta, formariase un Coro nutrido y entusiasta, como del público mismo se forma en muchas ciudades de la Europa central y del Norte. Berlioz afirma, no recuerdo en cuál de sus libros, que á cualquiera hora podía combinarse en su tiempo, un gran Coro con elementos del público londinense, capaz de cantar sin previos ensayos el Oratorio *Mesías* de Händel.—Cuando yo estuve en la hoy metrópoli del mundo, me acuerdo de que mi querido amigo D. Ricardo Cortés, notable taquígrafo del Senado, que residía á la sazón en Londres, me decía con frecuencia que estaba aburrido y fastidiado en su albergue, porque el ama de la casa era *contralto* de una Sociedad Coral y *soprano* la hija, las cuales, como se aproximara la ejecución del Oratorio *Elías* de Mendelssohn—que tuve la suerte de

oir con mi mentor allí y amigo querido Albéniz— entre los ensayos á que habían de acudir y los estudios privados que hacían ellas, tenían abandonado su menaje y la casa andaba manga por hombro. Hay que añadir que aquellas pupileras filarmónicas, sobre llenar su hueco en el Coro, abonaban á la Sociedad sendas cuotas mensuales.

No podemos aspirar en España á que la respetable clase de pupileras, tan traída y llevada por la festiva musa de Luis Taboada, cante coros; ni subiendo el nivel, podemos esperar tampoco que los canten los aficionados y entusiastas del Arte, como yo he visto en Roma. A ello se oponen: nuestro temperamento, nuestras costumbres y nuestro carácter exajeradamente individualista; mas si no podemos aspirar á que los canten, podemos sí aspirar á que los paguen, en la seguridad de vencer, si el problema se estudia por unos y por otros con propósito de hallar la solución.

Yo creo, señores, con la mayor sinceridad, que una Sociedad tan importante como la Filarmónica, no puede, no debe permanecer ajena á la vida artística de la Sociedad de Conciertos, ni limitarse á contratar artistas extranjeros para sus Sesiones, artistas y novedad que agotará en pocos años, provocando al par grave competencia entre las dos, funesta para la histórica Sociedad madrileña. Y puesto que á la Filarmónica informan ideas tan elevadas y patrióticas, como lo demuestra el Concurso abierto para la composición de un Cuarteto entre los nacionales, y aun quizá quizá se le ocurra un día instituir un premio anual, en especie ó en metálico,

para los alumnos de nuestro Conservatorio, ya que varios fabricantes franceses y alguna filantrópica persona española han concedido premios análogos, consistentes en diversos instrumentos... y excusad la indicación hecha así al desgaire — puesto que es así, decía, y tanto puede, creo yo que con buena voluntad se encontrarían términos de conjunción, trascendental para el Arte y beneficiosa para todos.— Yo no propongo ninguno, ni he estudiado el asunto. Así... en globo, me parece, si no fácil, posible de hallar. Creo también que, cuantos menos músicos interviniesen, habría mayores probabilidades de acierto. Tal vez la ausencia de músicos y periodistas de oficio en la Junta Directiva de la Sociedad Filarmónica es causa decisiva de su éxito.— Algo hay que hacer, y hay que hacerlo sin recurrir al vicio español de la protección del Estado; sobran energías en el público, si son bien dirigidas y aprovechadas.— Puede edificarse un local *ad hoc*, ¡que tanta falta hace!, el cual sirva para los conciertos particulares de la Filarmónica y los vocales é instrumentales clásicos y populares de la antigua y remozada Sociedad de Profesores, cuyo local — aunque no parezca del caso — defendería su interés material, además, con asambleas, bailes, banquetes... Algo, repito, señores, hay que hacer, antes de que la actual Sociedad de Conciertos desaparezca y quede reducida la Corte de España en esa manifestación á la categoría de capital de provincia, con un grupo de aficionados constituidos en Sociedad Filarmónica, que ajusta de cuando en cuando artistas extranjeros para poder oír buena música fuera del tea-

tro; teatro que por tal pendiente se despeñará y disminuirá cada vez más en importancia, hasta su completa anulación por lo chico, por lo mísero, por lo infimo y lo vergonzoso.—A la Sociedad de Conciertos debe muy principalmente el público español la mucha ó la poca cultura á que en el Arte de la música há llegado, infinitamente mayor que la que alcanzaba antes de su creación. Mérito es éste que no admite discusión y que la hace acreedora á la protección y simpatía de cuantos por nuestro progreso se interesan.

En favor de los altísimos prestigios del Arte y de nuestro buen nombre, puede coadyuvar mucho, mucho, la prensa española y muy especialmente la de Madrid.

*
**

Así como he señalado vicios y virtudes refiriéndome á la Sociedad de Conciertos, voy á permitirme decir algo acerca de la crítica periodístico musical madrileña, con el mayor respeto á quienes la ejercen, de cuyas personas tengo el honor de ser en su mayor parte amigo, y el deseo de realzar la importancia de su misión, desconocida al parecer dentro y fuera del periódico, con evidente perjuicio de nuestro adelantamiento y seriedad.

Hoy en Madrid casi no se hace crítica musical; hácese revistas más largas ó más cortas, más ó menos independientes, con mayor ó menor gracia, aunque en honor de la verdad debo decir que ésta resplandeció en ellas hasta el exceso; las hay también que consideradas desde

el punto de vista general del Arte, acusan en sus autores gusto exquisito é intuiciones verdaderamente felices; en cambio las hemos padecido del siguiente orden:

De un Concierto que yo dirigí, en el cual tomaba parte Sarasate—por lo que se llevaba un Piano para el acompañamiento de las pequeñas piezas que acostumbra ejecutar después de las de Orquesta—se leía en uno de los principales periódicos madrileños: «el maestro Bretón, como los mejores de su clase; Sarasate, hecho un coloso; el Piano—de la Casa Romero—amenísimo».—Otro... crítico, hablando de un célebre tenor, al que en cierta ópera se había trasportado una *romanza*, decía: «La Orquesta ha tenido que bajarle la *romanza* casi medio tono».—Otro, y siempre en el mismo diario, refiriéndose al *debut* de una tiple, celebrábala muy especialmente por lo bien que había cantado la *romanza* que á su parte correspondía en la ópera, y como la *romanza* está escrita en *mi bemol*, juzgó el crítico prudente añadir que «dicho tono se adaptaba maravillosamente á las facultades vocales de la artista...», etc., etc.

Cierto que estas atrocidades han cesado casi por completo; pero crítica pura, técnica, fundamental, no la hay, ni se logrará mientras no cambien de sistema las grandes empresas periodísticas.

Decía antes, al tratar del músico de la Sociedad de Conciertos, que para defender su vida tiene absoluta precisión de acudir á multitud de partes..., pues sin violar ningún secreto, sólo con lo que públicamente puede observar cualquiera, vemos que hay muy notables redactores que, al par que se ocupan comúnmente

de música, ocúpense lo mismo de literatura, asisten á la botadura de un barco, del que tal vez describen las condiciones marineras, y si de guerra es, las militares; acompañan en su viaje á un Ministro, á un Prelado, á un Embajador...; acuden á los Cuerpos colegisladores, cuyas sesiones reseñan; tal vez relatan minuciosamente los detalles del último crimen y van á presenciar los trabajos de extinción de la langosta.—Los interesados sabrán si exajero algo ó me quedo algo corto.—El trabajo de crítica hecho en tales condiciones, es más bien una obligación que se cumple, que, producto de la vocación, del estímulo ó del entusiasmo; por eso á veces, antes que juicios artísticos, parecen personales opiniones, hijas de la sugestión que dicta el medio ambiente en que se mueven y giran.

En otras partes constituye la crítica una profesión elevada, que no se limita á la diaria noticia del Concierto y última obra dados, sino que acomete árduos trabajos de estética y de orientación artística, al igual de los artículos fundamentales que aquí mismo se escriben sobre política, sociología y otras materias.

Muerto el Conde de Morphy, retirado de la prensa el Sr. Esperanza y Sola, quedan algunos escritores de mérito y competencia indudables, pero á los cuales no se les puede considerar como críticos, porque tomada por ellos la crítica como pasatiempo, escriben cuando les viene en gana, con intervalos de años y aun de lustros, sin llegar á fijar la atención pública sobre sus trabajos, en daño del Arte y aun del justo aplauso que ellos merecen. ¡Y es tan grande la importancia de la

crítica!... ¡tan grande...! que no se puede medir su trascendencia, en el primer momento de la producción artística!—Es la que inmediatamente decide del mérito y aquilata la estimación del artista y de la obra. Incurrir ó debe incurrir en la misma responsabilidad, que el joyero á quien se lleva una alhaja para saber su valor; y aunque la comparación parezca sobrado material, júzgola acertada, porque en ambos casos, el gran maestro, ó sea el tiempo, fija el justo valor de la obra y de la alhaja; pero en el primer momento ¿no opináis que es delito, ya lo cometa la ignorancia ó la malicia, tasar lo que vale mil en ciento, ó lo que vale ciento en mil?... Pues pecados de estos, aunque no lleven el nombre de tales, se cometen á diario. ¿Quién podrá creer que Beethoven era tildado de *barroco*, cuando en la Corte de Austria brillaba Spohr como astro de primera magnitud? ¿Cuánto no fueron flagelados Wagner y Verdi, en los más fecundos períodos de su vida? Vencieron estos, porque eran fuertes, y el tiempo redujo la órbita de Spohr á sus justas proporciones, mucho más modestas que las que le habían supuesto, quienes miraron su giro con fantásticos telescopios.—Estos ejemplos confirman el dicho de que *en todas partes cuecen habas*; pero es el caso que de estas ligerezas están ya curados en otros países, cuando nosotros empezamos á hacernos cargo de ellas. Por eso, para evitarlas, no se encarecerá nunca bastante, cuánto importan la cautela, serenidad y discreción en los que marchan al frente del público, pues éste es siempre, aunque nó lo parezca, el primer actor. Ved si nó, este ejemplo:

Suponed que nos hallamos en modesta capital de provincias; que en ella al hijo del presidente de la Diputación ó del Alcalde, ó de un personaje conspicuo de la localidad, le da por la poesía; que después de haber cantado en diversos metros y rimas á todas las Filis y Amarilis del término, se lanza un día á componer un drama, cuyo drama llega á alcanzar se represente, ya por aficionados al arte de Talía ó por la compañía misma de profesión que á la sazón actúe en la capital, en la esperanza de un entradón por lo menos. Durante los ensayos no se habla de otra cosa sino del drama del hijo de.... su padre; las familias del autor y de la novia, piden á amigos y amigas benevolencias y aplausos con modestias cursis; los comentarios aumentan la curiosidad hasta el último grado, y por fin se estrena.... ¡Ah señores!.... El éxito de *Un drama nuevo* de Tamayo—que yo tuve la dicha de presenciar—se queda en mantillas, comparado con el que obtiene el del hijo de.... don Fulano en la modesta capital de provincia. Lo que digo de un drama puede decirse de una ópera, de una zarzuela.... Pues que traigan esa zarzuela, esa ópera ó ese drama á Madrid y lo representen ¡ya veréis el éxito que obtiene! La obra será la misma, pero habrá cambiado el actor más principal.

Consultado yo por la Sociedad de Conciertos sobre el director que debería traer de Alemania para dirigir algunas sesiones, aconsejé que contratara al maestro Levi, á quien tuve el honor de conocer en Munich. Como aquí no había sonado su nombre, no dejaban los socios de tener algún miedo por el éxito artístico y financiero

de la aventura, pues Mancinelli, su predecesor, como había venido muchos años, se le consideraba poco menos que de casa.

Yo estaba bien confiado; pero al ver la duda reflejada en el rostro de muchos de los profesores, hubiera entonces preferido no haber tenido que mezclarme en el asunto. Llegó el maestro Levi; era éste, además de excelente director, persona por todo extremo simpática. Después de su presentación en el ensayo, que tuve yo el honor de hacer, lo primero que dirigió fué la overtura de *Tannhäuser*, bastando esto, para desde luego conquistarse la simpatía y el aplauso de los profesores.— Lo que antes eran recelos, trocáronse después en esperanzas, y en el breve tiempo que medió desde su llegada y primer ensayo al Concierto, excusado es decir, dada nuestra vehemencia, lo que crecerían el interés y la curiosidad por ver al nuevo director, de quien los profesores todos se hacían lenguas y decían maravillas. El ensayo general ya fué un espectáculo; el Concierto obtuvo un éxito delirante.—Entre la crema de los aficionados corre como axioma, que nunca se ha ejecutado aquí tan bien la sinfonía *Eroica*; yo creería más justo decir, que *nunca se oyó mejor*, esto es: jamás público alguno estuvo mejor ni más bien preparado á la emoción; y sólo el artista sabe la mágica influencia de esa emanación espiritual, impalpable, que del público se desprende en los sublimes momentos en que el alma es transportada á las regiones etéreas, ideales, por virtud sólo del arte de la música y de la mística visión, especie de nimbo invisible que abarca todo y todo lo diviniza,

sin otra humana manifestación más que el silencio, silencio estático, profundo, elocuente, que parece verse y oirse, hasta que cesa con la causa que produce el fenómeno y explota en salvas estruendosas de aplausos, cual espléndida catarata de alegría y de placer sentidos.

Esto ocurrió entonces y no otra cosa.—Era el primer maestro alemán y wagnerista que aquí veíais, cuando precisamente la ola wagneriana subía sin parar... En París obtuvo el maestro Levi excelente y justo éxito; mas no restó un ápice al prestigio del director á quien accidentalmente había sustituido.—Pocos días hace habéis tenido la prueba: por la Orquesta de monsieur Colonne, han pasado además de Levi, Weingartner, Strauss, Mottl, Zumpe y otros directores, sin disminuir por eso en lo más mínimo la autoridad de aquél, ejercida sin discusión durante treinta años. Aquí, para algunos, el efecto fué aplastante, quedando en su opinión colgada la batuta, al lado de las armas de Roldán.....

* * *

He intentado, señores, demostrar en esta última parte de mi Conferencia, la importancia enorme, decisiva del público y de los que le guían en el aprecio de la obra artística y de sus intérpretes. Ambos factores crean el ambiente, y éste, es bueno ó es malo, según es buena ó mala la dirección que se le imprime. El ambiente así considerado, es el fondo, y, ¡cuántas telas que admiramos en su totalidad quedarían á poco reducidas

si las despojásemos del fondo que las entona! ¡Cuántas buenas cosas parecen malas, si el ambiente que las rodea no les es favorable!...

La primera vez que yo fui á admirar la deslumbradora Basilica de San Pablo, fuera de las puertas de Roma, observé que, de trecho en trecho, había por el camino, así como á manera de burladeros. (¡!) Intrigado por ello, pregunté á algunos del país ¿qué significaban y á qué efecto estaban colocadas aquellas defensas? Me contestaron que es porque por allí pasa el ganado que llevan al matadero para el consumo de la población.— ¡Hola!—dije para mí— ¡luego también aquí pegan los toros!... Pues no faltará—seguí pensando—quien en el matadero romano se sienta más ó menos *Guerrita* ó *Mazzantini*... pero ¡qué le hace, si allí no hay ambiente favorable al desarrollo de esa afición! Si nadie los aprecia ¿de qué le servirán sus arrestos?...

El ambiente artístico, señores, es el que debemos cultivar y sanear aquí. En él radica todo. Elevadlo, y veréis cómo espontáneamente se resuelve el problema de los Conciertos, el del Teatro Real, el de la Opera española, que tal vez los tres no son más que uno; uno cuya solución estriba en dar á la música en España una orientación seria y nacional, marcando bien la crítica, prudente divisoria entre lo verdaderamente artístico y lo simplemente mercantil. Por análogos caminos, ha logrado Francia crear un arte y cultura propios, que sólo el ignorante ó el apasionado osará contestar y poner en duda.—Los artistas, los aficionados, los críticos, son quienes ilustran y guían al público; haceos

cargo de la responsabilidad.—¡Temed á la exajeración!.. ésta es nuestro enemigo.—Tened presente la hermosa frase de Talleyrand: *Todo lo exajerado es insignificante*. ¡Cuánto ha costado y cuesta á España el desconocimiento de esta gran verdad! Aquí todo es extremos.. Hace veinticinco años se hacía creer á nuestro público que podíamos competir con Beethoven; hoy no falta quien opina que podemos hombrearnos con Wagner, al paso que escritores muy distinguidos no se recatan para publicar que no creen en la Opera española por falta de músicos... ¿En qué quedamos, señores?... ¡En semejante desorden de criterios, muy firme lo ha de tener quien no se pierda!... Pensemos en trabajar; unos produciendo, otros alentando, sin establecer comparaciones que las más veces resultan infantiles por lo audaces, y siempre odiosas, según el dicho vulgar. Estrechemos nuestras filas; fomentemos lo que ya tenemos para ennoblecerlo y agrandarlo, puesta la mira en el ideal.—Si hemos de subir algo en esa escala infinita, ha de ser por nuestro propio esfuerzo, no por el de los vecinos; y así como en el orden político el natural anhelo de todo organismo es el de ascender siempre siempre y llegar á ser considerado al par de los primeros, así en el artístico, y aquí en' el particular de la música, debemos allanar el camino, hoy lleno de broza y confusión, sobre el que se asienten sólidamente, instituciones y género fuertes y vigorosos, que merezcan el respeto y la admiración de quien quiera sea que los contemple, hasta llegar á la artística y material alternativa que sólo impone el propio valor, no la piedad ajena.



He dado excesiva extensión á este trabajo, el cual, examinado desde este punto, acusa no poco desorden y pudiera llamarse *batiburrillo*, como previne á mi distinguido amigo Sr. Borrell, digno Vicepresidente de la Sección musical del Ateneo, cuando me dispensó el honor de requerirme para dar esta Conferencia; mas considerad que yo no soy escritor, como habéis tenido ocasión de apreciar, y no podía negar mi modesta cooperación á un propósito que estimo bien pensado y quizás fecundo.—Tres temas he tocado de constante oportunidad: los Conciertos de la Sociedad, el Público y la Crítica en Madrid. No habré acertado á darles el interés que encierran y de que son susceptibles, pero vuestro claro juicio habrá suplido con creces la deficiencia mía. Mi aspiración es la de despertar la emulación entre los buenos aficionados á la Música, para que la gloriosa Sociedad de Conciertos de Madrid no desaparezca, como la de Cuartetos, y á señalar los defectos de que en mi honrada opinión adolecemos, artistas, público y crítica, á fin de enmendarnos todo lo que consienta nuestro temperamento, en bien del Arte y de la cultura de España.

HE DICHO.

M. 181